



## Espejos y sombras

M<sup>a</sup> Ángeles Pérez López<sup>1</sup>

A veces, ganar o perder es mucho más que un ejemplo de opuestos. En el año 92, Mario Benedetti vino a Salamanca para inaugurar una magnífica exposición sobre César Vallejo que había organizado el profesor Julio Vélez. Se cumplían cien años del nacimiento del poeta peruano y ya entonces lograr fondos para una empresa literaria tenía tantas dificultades que fue la Feria Universal Ganadera la única que se dejó convencer. En el acto de inauguración, Benedetti se alegró de que fuese una feria ganadera (y no perdedera), la que había apostado por una de las obras más herméticas, singulares y fecundas del XX en nuestra lengua. Los que asistimos a aquel acto nos alegramos, además, de la cordialidad infinita de Benedetti, de su afabilidad, su cercanía y su talento para el ejercicio del humor.

Cuando siete años más tarde ganó el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, que conceden la Universidad de Salamanca y Patrimonio Nacional, aquellas cualidades seguían intactas. La edición que preparó pocos meses después la profesora Paqui Nogueroles tenía, además de la cualidad prodigiosa de dar cuenta en un extenso prólogo de las claves del *taller Benedetti*, un título que debe ser recordado siempre: *los espejos las sombras*. En ese díptico que parecería antagónico se sitúa la obra del uruguayo porque si en los primeros años alberga el deseo de retratar una ciudad –Montevideo–, una generación –la del 45 o de *Marcha*–, una coyuntura sociopolítica –la de la utopía revolucionaria y su quiebre brutal–, también aloja todas las sombras, va desenvolviéndose a lo largo de varias décadas, da nombre a la experiencia del desexilio y sigue interesada por la humanidad en sus viejos y nuevos padeceres.

<sup>1</sup> M<sup>a</sup> Ángeles Pérez López es profesora de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca. Se doctoró con una tesis sobre Vicente Huidobro, de la que surgió su libro *Los signos infinitos: un estudio de la obra narrativa de Vicente Huidobro* (1998). Asimismo, es autora de las ediciones consagradas por la Universidad de Salamanca con motivo de la concesión del Premio Reina Sofía a los poetas Nicanor Parra (*Páginas en blanco*, 2001) y Juan Gelman (*Oficio ardiente*, 2005), así como de la coordinación de un número anterior de la revista *Nuestra América* dedicado a la literatura venezolana. Invitada a impartir conferencias en universidades europeas y americanas, ha publicado numerosos trabajos de investigación en revistas especializadas nacionales e internacionales, especialmente en el campo de la poesía y la literatura escrita por mujeres, pero sin abandonar el análisis de la narrativa y el teatro. **Contacto:** mapl@usal.es



El homenaje que le rindió el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana el pasado 28 de mayo fue, como no podía ser menos, una fiesta. Los versos del poeta llenaron un tablón en la parte alta del claustro de Filología y el cielo de Anaya se llenó de azules y blancos (los colores de su bandera) para afirmar que si a la tierra vuelve lo que es de la tierra, las palabras que tanto pesan y duelen (mujer, exilio, *to be*) pueden ser también ligeras si se llenan de helio y pasan a volverse palabras solidarias, atravesadas por la experiencia compartida de lo humano.

Seguro que Benedetti es una edad. Siempre joven, permanente y renovadamente joven. En la casa de la poesía, algunos de sus libros son tan necesarios hoy como cuando se publicaron: así *Poemas de la oficina* (1956), *Poemas del hoyporhoy* (1961), *Poemas de otros* (1974), *La casa y el ladrillo* (1976) o *Cotidianas* (1979). Ya había aparecido su novela en verso *El cumpleaños de Juan Ángel* (1971) y estaba a punto de ser publicada su obra de teatro *Pedro y el capitán* (1980). Las agencias dicen que ha publicado unos 90 libros en más de 1200 ediciones traducidas a 25 idiomas. Las cifras (ganaderas, perdederas) solo cuentan de su extraordinaria capacidad comunicante, su conversión en un símbolo de la lucha contra las dictaduras y su peso en la memoria colectiva. Lo importante, lo sabemos bien, no se aloja en los números, sino en que algunos versos suyos, que nos adoptaron cuando éramos muy jóvenes, siguen siendo necesarios mucho tiempo después.

Desde el 17 de mayo de 2009 los muchos lectores de Benedetti no se pondrán de acuerdo en qué texto prefieren, en estos días difíciles, para recordarlo. Habrá quien recite que en la calle codo a codo somos mucho más que dos, quien hable del corazón coraza, de los hombres que encuentran su tregua y la pierden, de los que marcan geografías para que otros no olviden la memoria dolorida del Cono Sur. Será difícil que se pongan de acuerdo porque Benedetti ha escrito un obra inmensa y múltiple, construida a lo largo de seis décadas y en todos los géneros –narrativa, poesía, ensayo, teatro, canción y artículo de prensa–, porque su voz pelea contra la rutina, el desencanto, las injusticias o el desamor, porque su capacidad para despertar esa “conspiración de entusiasmo” que una vez propuso Hugo Alfaro lo dejará a salvo del olvido, y porque su defensa de la alegría como una trinchera y un destino merece ser rezada en voz baja para así conjurar la muerte y derrotarla, no solo de las ausencias transitorias sino, también, de las definitivas.